



Organización
de las Naciones Unidas
para la Educación,
la Ciencia y la Cultura



Cátedra UNESCO
Tecnologías de apoyo para
la Inclusión Educativa



REVISTA

JUVENTUD Y CIENCIA SOLIDARIA:

En el camino de la investigación

APAHUA; MISIÓN DEL CORAZÓN

Milena Brigitte Abad Merchán



Mi nombre es **Milena Brigitte Abad Merchán**, tengo 17 años y estudio el tercer año de bachillerato en el colegio Técnico Salesiano. En la Universidad me encantaría estudiar el espacio y el universo, pero también el mar y su naturaleza. Mis pasatiempos favoritos son escribir, investigar, leer mucho, pintar y escuchar música.

Resumen

Este artículo no es una investigación propiamente dicha sino más bien el relato de una experiencia frente al trabajo que realizan los salesianos por el mundo y que involucra al ámbito educativo, las relaciones sociales, la ayuda comunitaria y el amor por los demás. Este trabajo lo he redactado desde mi perspectiva, tras la oportunidad que tuve de ser parte de un viaje misionero enfocado en la búsqueda del bienestar, con ayuda de personas completamente desconocidas, quienes con el tiempo se convirtieron en una de mis inspiraciones.

El artículo describe una misión que tuvo como propósito servir y compartir con la comunidad de Apahua, en Guaranda. Este es un relato simbólico

y emocional, que tiene por objetivo tocar los corazones de quienes lo lean.

Cuando el lector avance en la lectura, podrá imaginarse cómo es una comunidad indígena de la Sierra central del Ecuador. A veces, no miramos más allá de la ciudad, de las prisas del reloj y de las obligaciones. Con este relato, queremos ofrecer la oportunidad de comprender la vida en una comunidad indígena.

Además, si el lector es joven, aspiramos a que esta historia no concluya justo al final de su lectura, sino que tenga el poder de despertar en él sentimientos de motivación para participar en actividades similares, comprometidas con el servicio. Por otro lado,

es importante destacar que nuestro objetivo no es necesariamente inspirar a los jóvenes a viajar al otro extremo del país y vivir en una comunidad indígena, sino, hacerles ver que, siendo quienes son y estando donde están, son una herramienta perfecta para ayudar a quienes lo necesitan.

Palabras clave: salesianos, misiones, trabajo, compartir, solidaridad

Explicación del tema

En las unidades educativas técnicas del país, se debe cumplir con la norma de que para poder cursar el segundo año de bachillerato, los estudiantes deben cubrir ciertas horas de pasantía. Una pasantía se refiere a una práctica pre profesional durante la cual la persona se forma laboralmente en una empresa, en la cual trabaja, aprende y se relaciona con una experiencia muy cercana a la que pronto vivirá [1].

En mi caso, para poder cursar el segundo año, realicé mis pasantías cumpliendo con las horas debidas y los trabajos correspondientes, pero no lo hice como mis demás compañeros en una empresa, sino que estuve haciendo diversas actividades durante las vacaciones para la comunidad de Apahua, cerca de Guaranda.

Apahua es un pueblo de la provincia de Bolívar que queda a unos cuantos minutos en auto de la parroquia rural de Salinas de Guaranda, lugar reconocido nacional e internacionalmente por su famoso emprendimiento *El Salinerito*, iniciativa comunitaria que comercializa quesos y chocolates artesanales elaborados por la comunidad local. Sin embargo, más allá de eso, Salinas es un lugar turístico y ameno.



Figura 1. Apahua y su capilla
Fuente: Autora



Figura 2. El cielo de Salinas
Fuente: Autora

Antes de decidir mi viaje, debo reconocer que fui influenciada por una buena amiga que me insistía para que me uniera al grupo de misioneros de nuestro colegio, y así poder hacer las pasantías juntas. Yo tenía muchísimas dudas porque jamás me había unido a un grupo similar, hasta que finalmente decidí aceptar y en agosto viajé hasta la comunidad de Apahua.



Figura 3. Salinas de Guaranda
Fuente: Autora

Los salesianos, siempre se han caracterizado por su actitud de servicio y entrega hacia los demás. El grupo misionero de mi colegio tiene la misma convicción, la cual consiste en servir y no ser servido. Para entonces, yo estaba muy motivada y feliz de haber tomado la decisión de viajar a Apahua.

El trabajo que nos encargaron desarrollar consistía en dar mantenimiento a instalaciones eléctricas y computadoras e incluso nos pidieron que impartiéramos un pequeño taller de informática a los niños de la comunidad.

Resultaba bastante gratificante poder aplicar los conocimientos aprendidos en el aula, para el servicio de una comunidad. Luego de un tiempo, se nos comunicó que iríamos solo cinco chicas, acompañadas de dos docentes, quienes se encargarían de guiarnos y cuidarnos durante el trayecto.

Antes de emprender nuestro viaje, habíamos sido advertidos sobre condiciones climáticas extremadamente frías. Sin embargo, al llegar, antes de las 6 de la mañana, cuando la comunidad aún no había despertado, nos enfrentamos a un frío más intenso de lo anticipado.

Al poco tiempo, apareció el presidente de la comunidad, quien nos recibió amablemente y nos brindó una pequeña habitación donde refugiarnos.

Cuando por fin el sol ya había salido miré por la ventana y vi cómo el verde de la montaña contrastaba armoniosamente con el azul del cielo. Esta vista me infundió la confianza de que el día sería prometedor.



Figura 4. Primera mañana en Apahua
Fuente: Autora

La comunidad no contaba con un servicio eléctrico bueno ni tampoco había sido reemplazado o monitoreado por expertos durante los últimos años. La capilla de la comunidad, en donde celebraban misas y reuniones importantes, era un lugar bastante colorido y ameno, pero las instalaciones del mismo estaban completamente deterioradas. Cables a punto de romperse colgaban del techo y estaban enredados a las lámparas para poder sostenerlos. No había suficientes luminarias y una pequeña niña que nos acompañaba la mayor parte del tiempo, nos mostró cómo tenían que “unir” dos cables para encender la luz de la capilla. Además, los cables de alta tensión del breaker general no estaban ubicados en el lugar correcto.

Después de inspeccionar todo el lugar con nuestro docente, la experiencia fue bastante triste y preocupante. En cualquier momento, debido a las condiciones generales del cableado, podría ocurrir un accidente eléctrico grave. Más tarde nos enteramos de que todas las instalaciones habían sido hechas por el presidente de la comunidad, quien nos dijo que las hacía únicamente por necesidad. Entonces fue cuando tomamos todas las herramientas y comenzamos a trabajar.



Figura 5. Luminarias en el santuario
Fuente: Autora

Al cabo de dos días terminamos con la capilla. Durante nuestro trabajo, muchas niñas de diversas edades solían llegar y jugar con nuestras herramientas, lo que de alguna manera alegraba nuestros días. Sin embargo, entre charlas y juegos, nos contaban que en sus hogares tampoco tenían luz eléctrica, sino que dependían de velas para iluminar la noche y combatir el frío. Esta situación nos impulsó a visitar sus hogares y brindarles ayuda en la medida de nuestras posibilidades.



Figura 6. Luminarias en el santuario
Fuente: Autora

Decidimos ir en primer lugar a la casa del representante de la comunidad, ya que nos había brindado

muchísima ayuda desde nuestra llegada. En el lugar colocamos tomacorrientes en las habitaciones, organizamos y reforzamos instalaciones y también instalamos algunas luminarias nuevas que habíamos llevado con nosotros.

Nos enteramos después que dentro de la comunidad los niños y niñas en su mayoría no utilizaban computadoras ni aparatos tecnológicos para estudiar. Sin embargo, había un solo joven que tenía una computadora, pero en realidad no sabía cómo usarla muy bien. Basta con decir que sus conocimientos se reducían a buscar información por Google. Fue entonces cuando pensamos que talleres de aplicaciones como Word, PowerPoint, Excel, Canva o Genially podrían ser de mucha ayuda.

Estos talleres fueron preparados días antes de viajar otra vez a la comunidad y consistían en diapositivas y videos dinámicos de cada una de las herramientas, facilitando su comprensión y uso. Personalmente me acerqué al dueño de la computadora y me ofrecí en mostrarle lo que había preparado. Parecía agradecido y mencionó que lo usaría mucho para realizar sus tareas del colegio. En todas las casas a las que fuimos, siempre nos brindaron gustosos el almuerzo, y nosotros nos mostramos muy agradecidos, ya que la comida era deliciosa, destacando el hecho de que todo es preparado completamente de manera natural. Gracias a esto, nos sentíamos como en casa.

En los días posteriores, seguimos visitando más casas y cada vez estábamos mucho más felices de poder compartir nuestros conocimientos, de pasar tiempo de calidad con los niños, de conversar con los adultos mayores y de explicarles que, aunque éramos aún estudiantes, teníamos toda la intención de ayudar. Así como nos brindaban el almuerzo, también nos recibían con café acompañado de tortillitas de harina, truchas, papas y un sin fin de comidas que nos llenaban el corazón.

Luego, cuando el presidente de la Comunidad convocó a jóvenes y otras personas, se presentó la oportunidad de tener un encuentro más cercano con todos ellos. La noche anterior, preparamos un pequeño taller sobre instalaciones eléctricas y programamos algunas actividades que podíamos realizar con los interesados. Cuando finalmente estuvimos todos reunidos, el ac-

ercamiento que se tuvo con las personas de Apahua fue bastante enriquecedor. Escuchar sus ideas, sus pequeñas bromas, responder las dudas que tenían acerca de nosotras y nuestro colegio nos hizo sentir un poco más parte de ellos y ya no solo como “las chicas electricistas”, que es como nos llamaban.



Figura 7. Socialización en Apahua
Fuente: Autora



Figura 8. Socialización en Apahua
Fuente: Autora

Aprendí muchas cosas ese día. Entre ellas, cómo habían creado nuevas formas de realizar empalmes con los cables para las instalaciones eléctricas de la comunidad; lo cual era bastante ingenioso. También aprendí que una sonrisa, como la de Sheila, una niña pequeña, podía cambiar el curso del día. También aprendí que aunque frente a las adversidades y pocas oportunidades económicas, los jóvenes de Apahua estaban cumpliendo sus sueños. Algunas personas hablaban con orgullo de uno de los jóvenes que estaba presente en la charla, quien con tan solo 19 años, estaba estudiando para ser piloto en la ciudad de Guayaquil.

Los niños fueron la mejor parte del viaje. Una vez que uno se contagia de su alegría, no hay vuelta atrás. En este caso, la mayoría del tiempo fueron niñas quienes se mostraron más cercanas a nosotros. Ellas, se acercaban y nos hacían bonitas trenzas. También nos sentábamos en el llano a conversar con ellas durante nuestros momentos libres.



Figura 9. Camino hacia la caída del sol en Apahua
Fuente: Autora



Figura 11. La caída del sol en Apahua
Fuente: Autora



Figura 10. Camino hacia la caída del sol en Apahua
Fuente: Autora



Figura 12. La caída del sol en Apahua
Fuente: Autora

Las niñas que nos acompañaban eran muy bonitas, inteligentes y llenas de sueños y metas. Fue bastante curioso saber que una de ellas, aunque vivía a unas cuantas horas del volcán Chimborazo, jamás lo había visto, ya que nunca había salido de Guaranda.

A medida que pasaban los días, comencé a ver las misiones como una verdadera oportunidad, ya que fue realmente gratificante compartir con la gente de la comunidad. También valoré la belleza de la naturaleza andina ecuatoriana, al vivir en un pequeño pueblo indígena rodeado de imponentes montañas, campos cultivados, arroyos y una variedad innumerable de plantas, así como llamas y caballos. Todo esto bajo cielos nocturnos completamente despejados, donde las estrellas brillaban tan intensamente que parecía que las estábamos observando desde muy cerca. Y ese silencio profundo, imposible de sentir en la ciudad.

El último día antes de regresar a Cuenca, fuimos hacia lo más alto de la montaña. Las niñas y jóvenes que nos guiaron durante el camino dijeron que iríamos “a la caída del sol”. Todos creíamos que únicamente veríamos el atardecer un poco más de cerca. Pero fue mucho más que eso.

La vida en la comunidad de Apahua se convirtió en una de las experiencias más bonitas que haya tenido. En el camino de regreso, pude apreciar la naturaleza en su máximo esplendor. Durante el trayecto, pudimos divisar una manada de vicuñas pasando justo a un costado de nosotros, ellas, junto con el Chimborazo de fondo, me otorgaron una vista inolvidable.

El día de regreso, nos sentíamos bastante tristes porque no habíamos podido terminar de ayudar a muchas familias. Sin embargo, y a pesar de que nos faltaron manos y tiempo, me parece que aportamos de manera significativa para el bienestar de la comunidad.

Si a cualquier persona se le da la oportunidad de salir de su zona de confort, de olvidarse de sus problemas y de emprender un viaje para compartir sonrisas, emociones, juegos, cantos y aportar con sus conocimientos a cualquier comunidad indígena, esa persona no volverá a su casa siendo la misma. Es un acto de afecto

y de servicio sin interés que nos devolverá a la vida cotidiana con una intensidad mucho más fuerte.

Después de las pasantías, llegué a casa con muchos más aprendizajes y conocimientos de los que me fui: aprendí a escuchar y a valorar en donde estoy y lo que tengo.

Jóvenes, nunca olviden quiénes son y el impacto que sus acciones pueden tener en transformar el mundo. Si alguna vez se les presenta la oportunidad de participar en una actividad similar, adéntrense en la aventura, porque el mundo se encargará de retribuirles con triple bondad.

Conclusiones

Es necesario acotar que los centros educativos del país y del mundo, deberían hacer que los jóvenes se involucren mucho más en actividades similares a la aquí expuesta. Si somos los jóvenes quienes estamos a un

paso del futuro, ¿por qué no sembrarlo con actividades comunitarias además de académicas? Estoy segura que todos nosotros tenemos mucho por ofrecer, pero también es necesario que se nos guíe en el camino.

Agradecimientos

Agradezco a mi Colegio y a los colaboradores del departamento pastoral del mismo, por acompañarnos en el proceso de organización y el contacto con la comunidad. De igual manera a mis compañeras, quienes unas con más experiencia que otras me enseñaron mucho. Agradezco su paciencia conmigo y su amistad que por siempre quedará grabada en mí.

Referencias

- [1] P. Zeas, «Unidad Educativa Técnico Salesiano». Accedido: 4 de junio de 2024. [En línea]. Disponible en <https://shorturl.at/89mr7>